

LA NOVIA DEL ATACAMA: LOS GALONES DE SANGRE

Por Javier Vargas Guarategua. Miembro Académico.

El polvorín del Pacífico y el pacto en las sombras (1879)

El escenario geopolítico: el oro blanco

Hacia finales de la década de 1870, el desierto de Atacama, un territorio que antes se consideraba un erial sin valor, se convirtió en el epicentro de la codicia global. El descubrimiento de ingentes depósitos de *salitre* (el *oro blanco*), esencial para los fertilizantes europeos y la fabricación de pólvora, alteró el equilibrio de poder.

Chile, una república con una estabilidad institucional superior a la de sus vecinos pero con un territorio estrecho, había invertido capital y mano de obra en las provincias bolivianas y peruanas de Antofagasta y Tarapacá. Esta presencia económica chilena en territorio extranjero generó una fricción inevitable: una nación que ponía el trabajo y otra que poseía la soberanía legal.

El Pacto Secreto de 1873: la diplomacia del cerco

El rigor histórico nos lleva al *Tratado de Alianza Defensiva de 1873*. Firmado en secreto entre Perú y Bolivia, este documento buscaba crear un frente común para frenar la expansión económica y territorial de Chile. En Santiago, este pacto fue visto como una traición diplomática y una amenaza existencial: *un cerco que obligaba a Chile a prepararse para una guerra en dos frentes*.

Cuando Bolivia, bajo el mando de Hilarión Daza, violó el Tratado de Límites de 1874 al imponer el impuesto de los *10 centavos* a la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, se encendió la mecha. Chile ocupó Antofagasta el 14 de febrero de 1879 para proteger sus intereses, y el pacto secreto entre Lima y La Paz salió a la luz, transformando un conflicto aduanero en una conflagración continental.¹

El momento de Filomena: una mujer atrapada por el destino

En este contexto de tambores de guerra y fervor nacionalista, *Filomena Valenzuela Goyenechea* se encuentra en el norte. No es sólo una observadora; es parte de la población civil chilena que residía en los territorios en disputa.

Para Filomena, la guerra no era una decisión de gabinete en La Moneda o en el Palacio de Gobierno de Lima: era una realidad física. La movilización del *Regimiento Atacama* representó el espíritu de su tierra. Ella fue *atrapada* por la guerra en el sentido más noble: la urgencia del conflicto dismanteló su vida cotidiana y la empujó a unirse a la

¹ VILLALOBOS-RUMINNOT, Sergio, *Chile y Perú: La historia que nos une y nos separa. 1535 - 1883*. Santiago de Chile, Universitaria, 2002.

marea humana que subió hacia los botes de desembarco. Ella encarnó la respuesta civil a una crisis geopolítica; donde los diplomáticos fallaron con sus plumas, Filomena y miles como ella tuvieron que responder con su coraje, enrolándose como *Cantinera del Batallón "Atacama" N°1 de Copiapó*.

La Cantinera: el corazón logístico y moral del Regimiento

Definición y estatus militar

En el Ejército de Chile de 1879, la cantinera era una mujer autorizada oficialmente para seguir a las tropas en campaña. Generalmente, se asignaban *dos cantineras por regimiento*. Aunque no eran soldados combatientes en teoría, figuraban en las listas de revista, recibían raciones, tenían derecho a transporte y, lo más importante, vestían una versión adaptada del uniforme de su unidad.

Funciones: más allá del auxilio médico

Sus responsabilidades eran múltiples y agotadoras, abarcando tres frentes críticos:

Logística de suministros: Su nombre proviene de la *cantina* o pequeño barril de madera (generalmente de agua o aguardiente) que cargaban para hidratar a los soldados durante las marchas y en pleno combate.

Sanidad de emergencia: Eran las primeras en llegar a los heridos en la línea de fuego. Antes de que el soldado llegara a las ambulancias de la Cruz Roja, la cantinera realizaba vendajes de urgencia y ofrecía consuelo espiritual.

Soporte de vida: Se encargaban de la preparación de alimentos, el remiendo de uniformes y, en muchos casos, actuaban como depositarias de las últimas voluntades y ahorros de los soldados, quienes confiaban en ellas más que en cualquier otro militar, sea aquel Suboficial u Oficial.

El uniforme: símbolo de identidad

No se vestían como civiles. El uniforme era esencialmente una versión femenina del traje del soldado de infantería, diseñado para la movilidad en el desierto y la resistencia en combate. Su atuendo consistía en:

Guerrera: Generalmente azul oscuro (navy) o azul turquí, siguiendo la línea de la infantería chilena, en el mismo color y paño que el resto de su regimiento. El corte de la guerrera (chaqueta) era ajustada al torso, con una fila de botones de bronce, a menudo con la estrella nacional. Cuello alto y rígido. Las bocamangas y el cuello solían llevar vivos (ribetes) de color rojo o el color distintivo de su unidad (por ejemplo, verde para Cazadores del Desierto).

Falda sobre pantalón: Este era el rasgo más característico de su estatus. La falda era de paño grueso, color azul, que llegaba generalmente hasta la rodilla o media pierna. Esto permitía el movimiento rápido sin el estorbo de las faldas largas de la época. Por su parte,

el pantalón se usaba debajo de la falda y vestían pantalones del mismo color que la chaqueta (o rojos en algunos regimientos, como el Atacama), metidos dentro de las botas o polainas. Esto protegía sus piernas del sol y de los arbustos espinosos.

Calzado: Botines de cuero negro, resistentes para las largas marchas por el desierto de Atacama. A veces usaban polainas de cuero o lona para evitar que la arena entrara en el calzado y, también, en algunos regimientos, usaban botas de cuero sin curtir, permitiéndoles movilidad en terrenos accidentados como el morro o la pampa.

La cantimplora o barrilito: El accesorio iconográfico por excelencia. Un pequeño barril de madera colgado al hombro donde llevaban agua, vino o aguardiente, para los soldados heridos.

El morral de Primeros Auxilios: Una bolsa de cuero cruzada donde portaban vendas (que venían con los cañones Krupp en idioma alemán, con dibujos), hilos y medicinas básicas.

Armamento: Aunque su rol principal era sanitario, muchas portaban un revólver a la cintura y un puñal o *corvo*. En pleno fragor del combate, no era raro que tomaran el fusil *Comblain* de un caído para defender la posición.

Cubrecabeza: Las cantineras ocupaban dos tipos de cubrecabeza. El *Képis* (*Quepis*) de estilo francés, usualmente azul con la parte superior roja (o viceversa), con una pequeña estrella de metal al frente. O bien, un sombrero de ala ancha. En las marchas largas bajo el sol inclemente, solían sustituir el quepis por sombreros de paja o fieltro para mayor protección.

El salto al combate: el caso de Filomena

Si bien el reglamento no les exigía disparar, la realidad de la Guerra del Pacífico —caracterizada por cargas de infantería brutales y ataques sorpresa— las obligaba a menudo a tomar las armas.

En las batallas de Tarapacá (27 de noviembre de 1879), Tacna (26 de mayo de 1880) y Miraflores (15 de enero de 1881), las cantineras chilenas fueron citadas en los partes oficiales por su valor. Filomena Valenzuela sobresalió, porque su liderazgo bajo fuego fue tan evidente que el mando militar decidió que su estatus de *cantinera* era insuficiente, otorgándole los galones de oficial en el grado de Subteniente.

Significado sociológico

La cantinera representaba el hogar en medio de la desolación del desierto. Para el soldado, un hombre de pueblo, o minero del norte, la cantinera era la madre, la hermana o la esposa simbólica. Su presencia evitaba deserciones y mantenía la moral alta; ver a una mujer avanzar bajo el fuego enemigo avergonzaba a cualquier soldado que pensara en retroceder.

El término **Cantinera** tiene una raíz etimológica y funcional muy específica que se remonta a las tradiciones militares europeas (especialmente la francesa) que Chile imitó durante el siglo XIX.

La etimología: La "cantina" de madera

El nombre proviene directamente de la *cantina*, que no era un establecimiento físico (como un bar), sino un pequeño *barril o recipiente de madera o metal* que estas mujeres cargaban colgado al hombro, o a la cintura.

El contenido: Este pequeño barril contenía agua, vino o, más frecuentemente en el caso chileno, aguardiente.

La función: Durante las marchas agotadoras por el desierto de Atacama o en el calor sofocante tras una carga de bayoneta, el soldado sufría una deshidratación extrema y un colapso nervioso. La cantinera aparecía con su *cantina* para ofrecer un sorbo que devolviera las fuerzas o calmara el dolor de los heridos.

La herencia francesa: las Cantinières

El Ejército de Chile de la época estaba profundamente influenciado por el modelo militar napoleónico. En Francia, las *cantinières* (o *vivandières*) eran figuras reglamentadas que proveían víveres y licores a las tropas. Chile adoptó el nombre y la estética, pero la Guerra del Pacífico le dio un matiz mucho más aguerrido y dramático.

El simbolismo de la cantimplora

A diferencia del soldado, cuyo equipo principal era el fusil *Comblain* o *Gras*, el arma distintiva de la cantinera era su *cantimplora* o *barrilito*, que se transformó en un símbolo de vida: *El golpeteo rítmico de la cantina de madera contra su cadera era el único sonido que prometía piedad en un desierto que sólo sabía de muerte. Ser cantinera era ser la dueña del agua en el reino de la sed.*

Diferencia con la "Camarada" o la "Rabona"

Es importante, a estas alturas de nuestro trabajo histórico, notar que el término *Cantinera* en Chile implicaba un *estatus superior* y oficial:

Cantinera (Chile): Uniformada, con sueldo, raciones y reconocida por el Estado Mayor.

Rabona (Perú y Bolivia): Generalmente mujeres que seguían a la tropa de manera informal para cocinar y lavar, sin uniforme ni estatus militar oficial.

Camarada: Un término más genérico y menos técnico que el de Cantinera.

Un detalle de importancia para Filomena

El hecho de que Filomena pasara de ser llamada por el nombre de su oficio (Cantinera) a ser llamada por su rango (Subteniente), es el corazón de esta historia.

Significa que dejó de ser definida por el objeto que cargaba (el barril de agua), para ser definida por el mando que ejercía (la espada).²

El Desembarco en Pisagua (noviembre, 1879)

El amanecer sobre la costa de Tarapacá no trajo luz, sino fuego. Desde la cubierta de la corbeta, Filomena observaba cómo los botes se balanceaban sobre un mar que parecía mercurio líquido. El aire olía a sal, a miedo y al aceite rancio de los fusiles. Ella no llevaba el vestido de seda que su madre le habría exigido en Copiapó; vestía la guerrera azul del *Atacama*, ajustada con un cinturón donde colgaban, en un equilibrio macabro, una cantimplora de agua y una cartuchera de cuero.

¡Al agua, muchachos! —gritó una voz rota por la tensión.

Cuando sus botas golpearon la arena de Pisagua, el mundo se convirtió en un estruendo de artillería. Filomena no buscó refugio. Mientras las balas silbaban como avispas de plomo, ella corría entre los caídos. Sus manos, que días antes cosían desgarrs en las túnicas, ahora hundían los dedos en las heridas abiertas de hombres que gritaban por una madre que estaba a mil kilómetros de distancia.

Tranquilo, hijo, ya estoy aquí —susurraba, mientras el estrépito de la batalla de Dolores se adivinaba en el horizonte del tiempo.

Pero el drama alcanzó su cenit cuando la línea defensiva flaqueó. Filomena vio caer al abanderado. En ese instante, la *Madrecita* murió para dar paso a la guerrera. Soltó el vendaje, manchado de un rojo carmesí que ya no le asustaba, y recogió el fusil de un soldado inerte. El arma pesaba, estaba caliente, viva. Al encañonar, no vio enemigos, sino el obstáculo entre sus hombres y la supervivencia. El primer disparo le sacudió el hombro, pero su mirada permaneció fija, gélida como el hielo andino en medio del desierto.³

Aquella tarde, bajo un sol que calcinaba las almas, Filomena Valenzuela no sólo salvó vidas; conquistó el derecho a mandar.

La partida y la forja de "La Madrecita"

El *Regimiento Atacama* no era una unidad cualquiera; estaba compuesto por mineros del norte, hombres rudos acostumbrados al suplicio del desierto. *Filomena Valenzuela Goyenechea* se incorporó en un contexto donde las cantineras tenían un rol difuso: eran auxiliares logísticas, pero el Ejército no estaba preparado para su valentía.

La historia comenzó en Copiapó. El ambiente era de un patriotismo febril, pero para Filomena era una cuestión de deber visceral. Al unirse al *Regimiento Atacama N°1*, rompió con el destino de la mujer decimonónica.

No era el romanticismo de la bandera lo que la movía, sino el eco de los picos en las minas de plata, el sonido de su gente marchando hacia un vacío de sed. Se cortó el

² DEL SOLAR, Aberto, *Diario de Campaña. Recuerdos Íntimos de la Guerra del Pacífico / 1879-1884*. Santiago, Francisco de Aguirre, 2020.

³ MOLINARE GALLARDO, Nicanor, *Asalto y Toma de Pisagua: 2 de noviembre de 1879*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1911.

cabello, ajustó el corpiño bajo la guerrera y entendió que, para salvar a su regimiento, primero debía dejar de existir para su familia.

En los campamentos de Antofagasta, Filomena se ganó el apodo de *La Madrecita*. No era un término de debilidad, sino de reverencia. Ella administró el agua —más valiosa que el oro en el desierto— y curó las llagas del calzado defectuoso. Se convirtió en el nexo emocional de una tropa que sabía que iba a morir.

El bautismo de sangre y los galones (1879-1880)

Aquí debemos centrarnos en dos hitos: el Asalto y Toma de Pisagua (2 de noviembre de 1879) y la Batalla de Dolores (o San Francisco). En Pisagua, las tropas chilenas debieron escalar acantilados bajo fuego cruzado. Filomena no se quedó en los botes médicos; saltó al agua.

Las granadas peruanas levantaban columnas de arena y muerte. Filomena vio al Comandante Juan Martínez avanzar entre la metralla. Cuando los enfermeros retrocedieron ante la lluvia de plomo, ella avanzó. En Dolores, el aire se volvió sólido por el humo de la pólvora negra. Fue allí donde, según las crónicas, tomó el fusil de un soldado caído. No disparaba por odio al enemigo, sino por un instinto de protección feroz hacia sus “hijos” heridos.

El nombramiento extraordinario: El ascenso a Subteniente no fue un acto de caballería, sino una necesidad administrativa para reconocer una autoridad que ella ya ejercía en el campo. El generalato, tradicionalista y rígido, tuvo que rendirse ante la evidencia: Filomena mandaba con la mirada y ejecutaba con el plomo.⁴

El peso del galón

Campamento de campaña tras la batalla de Dolores. El humo de la pólvora aún flotaba en el aire. Filomena estaba sola, frente a un espejo roto o el reflejo de un cubo de agua, sosteniendo la insignia de Subteniente que acababa de serle conferida.

¿Pesa tanto un trozo de tela?

Siento en mis hombros una carga que no se mide en gramos, sino en sombras. Hasta ayer, yo era la caricia en la frente del moribundo, el sorbo de agua que engañaba a la sed, la “Madrecita” que remendaba uniformes y esperanzas. Pero, el desierto tiene una forma cruel de devorar la ternura. En Dolores, cuando el metal silbaba su canción de muerte, algo en mí se quebró y se volvió a forjar, más frío, más duro.

Miro mis manos. Tienen el rastro del azufre grabado en los poros y la sangre de hombres que ya no respiran bajo las uñas. Ya no son las manos de la hija de Copiapó. Son las manos de un oficial de la República.

El General me miró a los ojos y no vio a una mujer; vio un estandarte. Me dio estos galones no por cortesía, sino por justicia. Porque cuando el miedo hizo retroceder a los valientes, yo me quedé. Porque cuando el estruendo pedía silencio, mi fusil contestó.

⁴ AHUMADA MORENO, Pascual, *Guerra del Pacífico: documentos oficiales, y demás publicaciones sujetas a la guerra, que ha dado a la luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia*. Valparaíso, Imprenta del Progreso, 1884.

¿Qué pensarán en las salas de Santiago? Dirán que es un escándalo, que la guerra ha trastornado el orden de Dios. No entienden que aquí, entre el salitre y la camanchaca, el género es un lujo que no podemos permitirnos. El plomo no pregunta quién aprieta el gatillo, y la herida no elige quién la venda.

Soy Subteniente de la nación. Llevo la espada al cinto y el dolor de todo un regimiento en el pecho. He ganado el derecho a mandar, pero he perdido el derecho a llorar como antes. Ahora, mi llanto debe ser seco, como este norte que nos consume.

Que me miren los vivos y que me juzguen los muertos. No soy una excepción de la naturaleza; soy el grito de las mujeres que la historia ha querido mantener en la retaguardia. Mi ascenso no es sólo mío: es el ascenso de todas las que, sin galones, han sostenido este país sobre sus espaldas.

Mañana volverá el estruendo. Y mañana, por primera vez, no sólo curaré la línea de fuego... yo seré la línea de fuego.

De la gloria en Lima al silencio de la pobreza

Filomena entró en Lima con las tropas victoriosas en 1881. Participó en la ocupación, un periodo de tensiones políticas inmensas. Sin embargo, tras el *Tratado de Ancón* y el regreso a Chile, la ley de gratitud nacional fue esquivada. El Estado, eficiente para la guerra, fue negligente para la paz. Filomena murió en 1924, en una precariedad que contrastaba con sus medallas.

En las calles de Santiago, los mismos que antes vitoreaban el paso del Atacama, ahora apartaban la vista de la anciana de ojos hundidos que guardaba un despacho de subteniente en un baúl apolillado. La República tiene memoria corta para quienes no encajan en sus estatuas de bronce. Filomena, que había conquistado el desierto y Lima, libró su última batalla contra el hambre y el frío de un invierno que no entendía de heroísmos pasados.

El eco eterno de la Subteniente Valenzuela

La paradoja de la heroína olvidada

La historia de Filomena Valenzuela Goyenechea constituye una de las paradojas más profundas de la identidad chilena. A pesar de haber alcanzado el grado de *Subteniente* —un hito que desafió la estructura de poder más rígida del siglo XIX: el estamento militar—, su regreso a la vida civil marcó el inicio de una batalla más silenciosa y cruel: la invisibilidad. El rigor histórico nos obliga a reconocer que el Estado chileno, aunque la condecoró en el campo de batalla, le negó una vejez digna, obligándola a vivir en la estrechez económica hasta su muerte en 1924. Este contraste entre la gloria del desierto y la penumbra del olvido urbano dota a su figura de una dimensión dramática de gran calado.⁵

⁵ EJÉRCITO DE CHILE. (s.f.). “Hoja de Vida de Filomena Valenzuela”, Santiago, *Memorial del Ejército de Chile*, EMGE.

El rompimiento de los cánones de género

Filomena no fue una *curandera* accidental, sino una estrategia de su propio destino. Su capacidad para transitar entre la *Madrecita* (el rol de cuidado asignado a la mujer) y la *Guerrera* (el rol de defensa reservado al hombre) la sitúa como una pionera de la emancipación femenina en contextos de crisis extrema. No necesitó de manifiestos políticos para reclamar su lugar; su legitimidad fue sellada con pólvora y validada por el respeto de hombres que sólo conocían la ley de la fuerza. Al estudiar su vida, descubrimos que el coraje no posee género y que la jerarquía militar tuvo que doblarse ante la superioridad de su carácter.⁶

Un ícono para la posteridad

Hoy, el nombre de Filomena Valenzuela resurge de las arenas del norte no como una curiosidad bibliográfica, sino como un símbolo de resistencia. Su legado nos enseña que la patria no sólo se construye con tratados y diplomacia, sino con la sangre de quienes, teniendo todo que perder, decidieron darlo todo por un ideal de pertenencia.

Filomena es el recordatorio de que, incluso en los escenarios más desoladores del Atacama, la humanidad puede florecer en forma de sacrificio, y que la historia —aunque a veces se escriba con caligrafía de hombre— tiene voz de mujer.

Memoria histórica y legado: el despertar de las cantineras en el Chile actual

El rescate del olvido: de la sombra al espacio público

Durante casi un siglo, la historia oficial de la Guerra del Pacífico se centró en los generales y los héroes de mármol. Sin embargo, en las últimas décadas ha surgido un movimiento de historiadores y agrupaciones civiles que han *desenterrado* a las cantineras.

Monumentos y calles: En ciudades como *Antofagasta*, *Copiapó* y *Arica*, han comenzado a aparecer bustos, murales y nombres de calles en honor a Filomena Valenzuela e Irene Morales. Ya no son vistas como curiosidades de la guerra, sino como figuras fundacionales de la identidad del norte chileno.

El Día de la Cantinera: Existe un esfuerzo legislativo y social por establecer fechas conmemorativas que reconozcan su labor, alejándolas del concepto de *acompañantes* para situarlas como *veteranas de guerra con pleno derecho*.

El legado en las Fuerzas Armadas modernas

La figura de Filomena Valenzuela es hoy un ejemplo para la integración de la mujer en el Ejército de Chile.

⁶ LARRAÍN MIRA, Paz, *Las Cantineras: Mujer y Guerra en el Siglo XIX*. Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2000.

Inspiración doctrinaria: La Subteniente Valenzuela es citada a menudo en las escuelas matrices (Escuela Militar y Escuela de Suboficiales) como el antecedente histórico que legitima el mando femenino. Ella demostró, ciento cuarenta años antes de la plena integración, que el *liderazgo bajo fuego* no es una cuestión de biología, sino de carácter.

Unidades con su nombre: Diversas unidades y promociones militares llevan hoy el nombre de *Cantineras de la Patria*, vinculando el honor del pasado con el servicio profesional del presente.

Símbolo de la emancipación femenina

En el contexto de los movimientos sociales actuales, las cantineras han sido adoptadas como íconos del *feminismo temprano*.

La Mujer en crisis: Se las estudia como ejemplos de cómo las mujeres, en momentos de fractura social (como una guerra), ocupan espacios que la paz les niega. Filomena representa la ruptura del techo de cristal en el ámbito más conservador posible: el campo de batalla decimonónico.

Cultura popular: Su vida ha inspirado obras de teatro, novelas históricas y recreaciones de *reenactment* histórico, donde jóvenes chilenas visten el uniforme de cantinera para rescatar la estética y la ética de estas mujeres.

La deuda pendiente: la reparación simbólica

A pesar del reconocimiento actual, el legado de las cantineras también sirve para reflexionar sobre la *ingratitude del Estado*. Recordar que Filomena murió en la pobreza extrema, obliga a las instituciones actuales a valorar mejor a sus veteranos y a no permitir que el género sea una barrera para el reconocimiento de la gloria.

Reflexión final del legado: *Hoy, Filomena Valenzuela no es sólo una página en un libro de historia; es un símbolo de que el coraje no tiene fecha de vencimiento. Su legado nos recuerda que la libertad de una nación también se escribió con caligrafía femenina, en medio de la sed y el fuego del desierto.*

El triunfo de la memoria

Filomena Valenzuela Goyenechea no fue sólo una mujer en la guerra, sino el estallido de una verdad contenida: que, en el crisol del desierto de Atacama, el honor no se midió por el género, sino por la resistencia ante el fuego.

Desde el pacto secreto de 1873 que precipitó el conflicto, hasta su extraordinario ascenso a Subteniente en las arenas de Dolores, su vida representó la lucha de una nación que se forjó en la adversidad y la de una mujer que se negó a ser espectadora de su propia historia.

Aunque el Estado la condenó al olvido en la vejez, el Chile de hoy rescata su nombre del salitre para convertirla en un ícono de emancipación y coraje.

Filomena permanece ahora como la guardiana eterna de nuestra memoria histórica; la Madrecita que cambió el vendaje por la espada para enseñarnos que la mano que cura es, con la misma fuerza, la mano que defiende la libertad.